



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

México

Hernández Ornelas, Pedro F.

Dos Méxicos: algunas reflexiones ante la crisis actual del país. Problemas y circunstancias

Bajo el Volcán, vol. 8, núm. 14, 2009

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28620136009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

**DOS MÉXICOS: ALGUNAS REFLEXIONES
ANTE LA CRISIS ACTUAL DEL PAÍS
PROBLEMÁTICA Y CIRCUNSTANCIAS**

Pedro F. Hernández Ornelas

RESUMEN

El presente es un ensayo humanista resultado de un análisis crítico de las mayores crisis contemporáneas de México (resalta cuatro de ellas: representación efectiva, inseguridad, corrupción y división social), las cuales finalmente agravan la abrumadora deficiencia en la gobernabilidad federal. Dichas crisis fueron enunciadas, inicialmente, por un grupo de intelectuales de El Colegio de México (2006); el autor pondera sobre sus orígenes y peculiaridades, así como sobre sus implicaciones para el bienestar de la sociedad nacional, actual y futura. El objetivo de esta reflexión, quizá ambicioso, es confrontar las tendencias iniciadoras (circular y linear) del origen mítico de la historia humana.

Palabras clave: México, desarrollo, gobernabilidad, inseguridad, corrupción.

SUMMARY

A humanistic essay stemming from a critical analysis of Mexico's present-day major crises (four of them are particularly emphasized: effective representation, insecurity, corruption, societal division), all of which together finally aggravate the overwhelming deficiency in federal governance. Such crises were initially formulated by a group of intellectuals at Colegio de México (2006); the author reflects upon their origins and peculiarities as well as their implications for the welfare of the national society, present and future. Perhaps ambitiously, the reflexive impetus is projected against the original trends (circular and linear) of the mythical origins of man's history.

Key words: Mexico, development, governance, insecurity, corruption.

INTRODUCCIÓN

Para repensar nuestro México frente a la posmodernidad, vale recordar el camino de transformaciones que hoy se nos muestra de manera imponente en la globalización de la vida y la economía planetaria. Camino de esa historia de la humanidad en el que aparecen con bastante luz dos grandes vertientes por cuyo cauce los pueblos han ido forjando sus propios modos de ser y han ido construyendo sus mayores estructuras espirituales –entendiendo por ello la conformación de sus grandes constelaciones de valores–, comenzando por las del orden religioso y ético... Eso que norma y da color a la cotidianidad de las diversas culturas. Tales vertientes son:

a) la vertiente cercana del continuo fluir de experiencias de temperatura, color, humedad, lluvias y sequía: muerte y surgimiento de vida alrededor de nosotros, cada ciclo con sus matices propios en el suelo de todas las culturas... vida del momento y del ahora seguida del mañana que con la aurora del mismo universo es un peregrinar de pasos repetidos –un cauce de tramos naturales semejantes unos a otros en espacios que ayer fueron y serán mañana–, vertiente cíclica que es como la marca de casi todas las culturas prehistóricas no imperiales: así muchas de las grandes culturas indígenas de Mesoamérica, mitad mexicana de raigambre ancestral; y

b) luego de ella, la vertiente lineal: huella de la conciencia más clara de “un antes y un después irrepetibles”, que emerge quizá más visiblemente (a la historia propiamente dicha) hacia el año 3500 AC y se caracteriza por su nuevo simbolismo cósmico y su conjugación con la idea de *imperio*, i.e. de la supremacía hegemónica de una sociedad sobre las aledañas, en los límites de áreas conocidas; en el caso de América Latina, las culturas dominantes maya y azteca (por más que los testimonios que de ellas poseemos abundan también en la simbología cosmogónica de los grandes ciclos de la naturaleza). Ambas son parte de un trasfondo histórico que no pierde validez ante la moderna experiencia de la globalización actual. Las pruebas fehacientes quedan sobre todo en la memoria de innumerables comunidades rurales, a lo largo y ancho del los cinco continentes del Globo.

En esas vertientes se da, al parecer, una constante que se perfila como prioritaria y dominante, casi exclusiva de los humanos en el correr del tiempo: a saber, el paso gradual de ir forjando nuestra idea del mundo desde formas “compactas” (o “compactadas”), esto es, *maneras claras, pero nebulosas* de entender el misterio de la vida y su realidad unida a realidades superiores, para ascender hacia formas más diferenciadas de descubrir la relación humana con el “ser”, en general y hacia el SER Infinito también (Voegelin, 1974, IV: 3, 39 y 57). Como un caminar del hombre por la inercia de incontenibles utopías –y con altibajos y tropiezos– ¡hacia una visión más y más luminosa y clara de un destino ligado a la plenitud radical de ser!...

Es un camino, el de la historia misma de las civilizaciones, que va envolviendo al mundo de los humanos en una especie de halo que Mircea Eliade, con muchos otros, identifica como el universo de lo numinoso que, digan otros lo que quieran, es el lugar más interior al ser humano que su propia intimidad (*interior locus magis hominis intimo quam sua ipsius anima*), podríamos decir, parafraseando a S. Agustín.

En los tiempos actuales, la herencia viva de esas vertientes culturales es particularmente cara a nosotros, sangre de la vida de muchas comunidades rurales de suelos latinoamericanos y sobre todo aquéllos fecundados y sostenidos por la presencia relevante de pueblos indígenas, como se dijo antes. De todo eso hay bastantes ejemplos de importancia (Hernández, 2004: 225 ss.); los registran varias encuestas sobre los valores de muchas sociedades nacionales. El carácter y las escalas de esos valores pueden hoy perderse en el terreno de la formulación de políticas sociales bajo el influjo de ideologías o intereses de la economía neoliberal.

ANTE LA CRISIS

El panorama descrito es, quizá, un lugar conveniente para que la imaginación ayude a concentrar mejor el esfuerzo de reflexionar. Sin embargo, el horizonte de estas reflexiones no es sólo el de la humana sabiduría heredada. Ésta se nubla, como los mexicanos lo estamos viendo hoy, por la agobiante perplejidad y el descontento que nos ha llevado a divisiones sociales de gravedad... a nivel planetario y consecuentemente, a nivel

nacional; Norte-Sur, Desarrollo-Subdesarrollo, Industrializados-No-industrializados, etc. Una situación general de agobio ante la incertidumbre de consecuencias de un crecimiento desordenado que impone ya sobre el mundo el (pretendido) orden de dominación absoluta del capitalismo: ¡la economía como eje de civilización humana! ¿Cuál será allí, en medio de la crisis, el “lugar” –*locus*– de la persona humana, el sujeto social?

Yo pienso que toda reflexión ha de anclarse en la toma personal de conciencia: que es también conciencia de que atravesamos por crisis y muy posiblemente nuestras acciones algo se relacionan con ésta. Allí encontramos la primigenia expresión de “ser así”, la experiencia más cercana al origen de cada uno de nosotros. De allí emerge nuestro *locus primus*, nuestro lugar en el mundo como sujetos que viven en la aceptación de vivir, de “ser así”: reconocernos responsables de que somos y actuamos... Esto equivale a decir que ¡nuestro lugar en el cosmos es inseparable de la experiencia de lo moral!

En crisis o en calma, en la duración de “su tiempo”, el lugar del sujeto, del actor humano, anida la moral esencial de su actuar consciente. Allí se ubica la misma razón de “ser responsable” y se revela en ese in-interrumpido “caer en la cuenta” de la coherencia o verticalidad (o su ausencia!) entre las exigencias de un valor (moral) primeramente intangible de “ser-en-sí” (relación, servicio, algo alcanzado, grande o pequeño, cualquiera que sea) y la acción realizada para conseguirlo (para “ser-así”). Aunque ese bien –en cuanto bueno en sí– no sea formalmente –i.e. reflexivamente– buscado en cuanto tal. Esto último quiere decir que obramos siempre en pos de algún bien, aunque no pensemos formalmente en conseguir su valor como tal (sea positivo o negativo) ni tampoco pensemos en alcanzarlo, según alguna lógica racional de fin y medios.

En otras palabras, nunca podemos dejar de ser esencialmente “seres morales”, mientras nos demos cuenta de lo que hacemos (no es acto moral el de un sonámbulo), aunque no reflexionemos directamente en ello: esa calidad moral va tejiendo el “sentido ético” de nuestra vida y con esto, el contenido humano, su cotidianidad. La firmeza de esa experiencia es parte de la vasta tela del “sentido común” en el camino de la vida.

Como la sociología es un saber objetivo o una ciencia de las interrelaciones humanas, sabemos los patrones y formas de conducta generalizada que ellas revelan; las instituciones y los cambios que se originan en el acomodo de dichas relaciones en respuesta a las condiciones y necesidades de la vida de los hombres en el mundo, forman parte de un “saber” aceptado como objetivo. Estas reflexiones se ubican en ese terreno del saber sociológico, pero reconociendo en todo momento la calidad moral del acto social y su lugar en un universo de caos y de sistemas complejos; sustrato de la inercia de la energía del universo en el que la vida social acontece.

Una última palabra de presentación ante la crisis. Es hoy un denominador común de todas las visiones de la crisis del mundo el hecho de que se proyectan sobre un fondo de nueva utopía: la imagen o ideal del desarrollo humano digno de tal nombre; esto es, de un desarrollo de las diversas comunidades de todas las culturas en equidad y en justicia gradualmente conseguida en mayor grado, como características específicas del bienestar social inseparable del bien común (Carlos Fuentes, 1997: c.16). Eso, desde luego, no todos lo entienden de la misma manera: el neoliberalismo, como ideología del capitalismo industrial-financiero contemporáneo, lo considera –y lo “mercantiliza globalmente”– como la conjunción total de la riqueza (o ¡bienestar humano!, las comodidades que la tecnología hoy puede ofrecer) ¡con la libertad! Esa es nada menos que la moral invasora, supuestamente inexpugnable, de la voracidad del “imperialismo internacional del dinero”... La mayor amenaza a la civilización humana, como diría memorablemente alguien tan ajeno a la visión de la izquierda social como un Papa, Pío XI, hace más de 60 años (AAS, 1941: v). Así y todo, quede sentado que la inmensa mayoría de los seres humanos anhelan un mundo en el que la suficiencia de lo necesario para vivir se consiga de manera estable, como corresponde a la dignidad de la persona y en tranquilidad: eso quieren decir justicia y paz. ¿Podrá conseguirse mediante un sistema de lucro voraz justificado por una moral individualista y ajena al cuidado del planeta Tierra?

CRISIS DEL MUNDO Y CRISIS DE MÉXICO

La reflexión sociológica sobre la crisis no podría tener mejor despegue que el de la visión de una mente tan lúcida como la de Emile Durkheim. Al presentar su investigación sobre “La División del Trabajo” contempló la tragedia que representa para el futuro de los humanos el llegar a aceptar la institución económica como eje mayor o principal referente de los demás intereses y tareas del hombre en sociedad. Juzgue el lector si sus palabras no son todavía de innegable y muy relevante actualidad: fueron escritas en 1894, hace ya ¡ciento quince años! (Durkheim, 1894: III):

Las pasiones humanas no se detienen sino delante de alguna fortaleza moral que respeten. Cuando toda autoridad de ese género desaparece, se impone la ley del más fuerte, y, latente o patente, el estado de guerra se vuelve crónico [...] Y mientras las funciones económicas sólo jugaban anteriormente un papel secundario, ellas ocupan hoy el primer lugar. Vemos que ante ellas retroceden más y más las funciones militares, administrativas, religiosas [...] y hasta la ciencia actual sólo tiene prestigio cuando puede servir a la práctica (económica) [...] Una forma de actividad que ha llegado a tener tal lugar en el conjunto de la vida social, no puede mantenerse en ese punto irracional sin que de ello resulten los males más profundos. Se trata, obviamente, de una especie de desmoralización general.

Si la observación anterior es correcta (válida por su objetividad) como yo creo que lo es, la primera reflexión que viene a mi mente es que estamos, a nivel planetario, en una crisis no de alguna cultura o de ideologías dominantes, sino, radicalmente en una ¡crisis de civilización! Advierto que veo la cultura –las diversas culturas– como la constelación de las tareas humanas fundamentales que surge de la búsqueda de la conservación y plenitud de su ser personal y (con Ortega y Gasset y otros) veo la civilización –civilizaciones– como expresión singular de la complejidad y perfección de las tareas de alguna o de varias culturas. Complejidad que conlleva perfección y mayores satisfacciones para los sujetos sociales.

En efecto, es algo que va sucediendo y acompaña al proceso geofísico de dimensiones planetarias, tal vez cambio de época en la duración de la Tierra que parece anunciar todo el espectro de problemas del cambio climático actual. Ambas cosas son, con mucho, parte medular también de las crisis sociales de diversa índole que aquejan a México.

Por “crisis sociales” del país entendemos aquí los tiempos y espacios problemáticos (“lugares” neurálgicos en la vida de una sociedad nacional) de urgente atención, que a su vez implica, sobre todo, profunda reflexión y aplicación de políticas eficaces para el abatimiento de sus causas. En el camino de este ensayo, el orden de presentación de tales crisis no pretende ser jerárquico con relación a algún estándar político determinado. Más bien, sigo el hilo que nos ofrece la obviedad de las diarias noticias de la prensa mexicana más confiable. Lo primero que todo lector o estudioso atento descubre es la crisis de profunda división social: telón de fondo de otras crisis o aspectos de la situación de crisis de México.

El dato central de la actual división de la sociedad mexicana revela, entre sus causas más cercanas a la vida diaria, al menos cuatro principales que se manifiestan en otras tantas formas de crisis. No son pocos los intelectuales que de alguna manera están cerca de tal visión, notablemente los que formaron parte del grupo de estudio sobre un diagnóstico de la realidad mexicana (convocados por El Colegio de México, septiembre 2005-marzo 2006) al término del gobierno foxista (Meyer y Basañez, 2006: 19-51). En una visión del que aquí reflexiona (apoyada en varias versiones del asunto) podemos describir dichas crisis señaladas por académicos e intelectuales y dadas a conocer de diferentes maneras. Por lo demás, a todo lector seriamente interesado en el asunto le bastará una semana de seguimiento de dos o tres periódicos de prestigio nacional, para comprobar los fundamentos de estas consideraciones que, por lo demás, ¡distan mucho de ser originales!

1) Crisis de división social en la nueva dimensión (política)

El problema de la división actual de la sociedad, hay que repetirlo, no es la de diferencias entre ricos y pobres, entre católicos y no católicos... No: estamos frente a una ruptura del tejido social en lo que se refiere a

la aceptación y confianza en la legitimidad de su autoridad suprema a nivel de Estado nacional.

Es un hecho que a partir de la oficialización de los resultados de la elección presidencial (julio 2006) el país se manifiesta no sólo disgustado (y, en muchos sectores sociales, desilusionado también), sino muy seriamente dividido por la obvia manipulación de los medios de comunicación y el atropello oficial a la equidad de las campañas electorales partidistas; en abierta complicidad con los mayores y más influyentes medios de comunicación y el apoyo financiero y empresarial de los más calificados e influyentes hombres de negocios del país... hasta con la descarada intervención partidista (¡totalmente ilegal!) del propio ¡presidente de la República! (TRIFE, septiembre de 2006). Cosas todas, que hasta tomadas singularmente en otras naciones podrían haber sido causas para anular la elección. ¿Se manifiesta ella en crisis de gobernabilidad? En su común acepción actual (*governanza*, en Europa), hay que ver si esa división es o no un factor de enrarecimiento de la normalidad en la vida de las instituciones. Si llega hasta el punto de debilitar, más aún, “resquebrajar” sus funciones y con ello disminuir su eficacia (el funcionamiento eficaz de las principales instituciones de gobierno de un Estado cualquiera es lo que implica la “gobernabilidad”), entonces su alcance es muy serio.

Sin embargo, la situación actual del país más bien revela que otros aspectos de la crisis de México (a continuación se describen) son los que mantienen y, a no dudarlo, por los reportes de prensa, alimentan esa división de la sociedad. Ese fenómeno aparece, tal vez, como la más obvia expresión en la vida política de la nación, al menos en esos últimos dos años.

No se puede soslayar la contribución –voluntaria e involuntaria– de la llamada “izquierda mexicana” al agravamiento de la crisis: los muchos errores y la división de los responsables de la campaña de coalición política “Por el Bien de Todos” (que postulara a López Obrador). Como tampoco sería justo soslayar la miopía de muchas críticas a esa Izquierda, que prefirieron ignorar el grave peligro de levantamiento civil armado, después de la ilegítima decisión del Tribunal Federal Electoral (octubre de 2006). En pocas palabras, nos encontramos ante un horizonte de herencias sabias (quizá lo más importante en la formación de la conciencia ciudadana

en sus actitudes y acciones sobre su moral política), empañado por la profunda división social del país, que a todas luces no parece disminuir todavía (ver, entre muchas otras instancias, R. Segovia, periódico *Reforma*, 30/03/07: p.20).

Tal vez, lo más inmediatamente grave para la vida cívica de México, consecuencia de esta primera crisis de división societaria, es el aumento colosal del desprestigio de las instituciones todas de la nación; especialmente las que se encargan de la administración de la justicia y la legislación del país... La aceptación patente (de facto) de la impunidad ante crímenes de sobra conocidos por todo el mundo –y con escándalo de la opinión internacional, en muchos casos–, así como los del gobernador poblano Mario Marín y la quietud de la Suprema Corte de Justicia ante el problema nacional e internacional de la pederastia y tráfico de personas; la lenidad práctica con que se dejó a un lado la investigación a fondo sobre la culpabilidad de los sucesos de Atenco, Oaxaca, Puerto Lázaro Cárdenas (2006), la bajeza de los legisladores ante el poder de los monopolios televisivos y de telefonía, la insensibilidad de los representantes del pueblo y los empleados del Gobierno al activar medidas para subir sus salarios (que no devengarían en ningún país realmente democrático ¡del mundo entero!). No sería de extrañar, para los encuestadores de opinión, que hoy por hoy, el aprecio por la personalidad (así, en abstracto, del político) ande a la par con la de un barrendero.

En la actualidad, la división social del país parece que se traduce claramente en hartazgo de la política, curiosamente, en toda la sociedad... porque la ineficiencia institucional (governabilidad) ya afecta ¡a todos! Baste citar el balance de los cien primeros días de gobierno de Calderón Hinojosa y sus impactos en el empobrecimiento de la población: aumentos de precios de gasolina, gas, carreteras de peaje y acrecentamiento del desempleo, compensado de manera mínima en algunos más. Todo esto ampliamente referido y discutido en los grandes medios de comunicación. Y sobre ese telón, de fondo, al menos otras cuatro distintas fases de crisis.

2) Crisis de inseguridad

Entre las manifestaciones más cercanas a gran parte de la población, la crisis de inseguridad es la primera que se menciona, según la inmensa mayoría de los reportes de los medios masivos de comunicación. Ya sea en sus formas más elementales y, por ende, más onerosas para la mayoría de la gente, la inseguridad salta a la vista. Así, la falta de seguridad en el empleo, la inseguridad en el orden de la gestión urbana –acentuada en las grandes ciudades–, la inseguridad en todo lo que se refiere a la vivienda y bienes familiares mayores (acceso a crédito, movilidad y arbitrariedad de pagos, movimiento arbitrario de cuotas bancarias, incertidumbre ante las condiciones de seguros, etc.); y lo mismo dígase de la escuela y del acceso a la instrucción en general y a la atención médica y de salud... con más incógnitas aun frente al eventual acceso a la ayuda financiera.

El desempleo, muy obvio como preocupación fundamental familiar, está aquí como “lugar social crítico” de urgente cuidado de seguridad en la vida de las comunidades mexicanas. La incorporación, de hecho, de la mitad de la fuerza de trabajo de un país a su actividad económica general en calidad de “informal” no es sólo un problema de contribuciones hacendarias –ni de la correspondiente seguridad social medianamente eficaz–. Él implica una profunda desviación de la gestión eficiente del bien común que incide directamente en la mejor distribución de los ingresos de un país. Entraña, además, una nueva época cultural en la vida de la sociedad mexicana que puede significar la pérdida de muchas estructuras sanas de producción que pudieran re-orientarse a un desarrollo socioeconómico y cultural en justicia y libertad, propio de seres humanos.

Otra de las manifestaciones de la inseguridad, igualmente tan obvia como el desempleo, es la que se revela en forma de continuo miedo, incertidumbre y preocupación frente a la violencia del crimen organizado: la expresión más patente, cruel y burda de otra crisis (o ¡tercer aspecto de la crisis!) de México.

Y otra más, que sufre gran parte de la población mexicana, es la que podríamos llamar ¡“de fuego amigo”! Es la inseguridad que nace de la corrupción de las instituciones encargadas de la administración y procuración de la justicia. Con cuánta razón escribió recientemente Gustavo Esteva:

La función de la policía y el ejército se ha invertido. En vez de proteger a los ciudadanos, cuya inseguridad aumenta, los aparatos de seguridad se dedican a espiar y controlar a los ciudadanos para proteger de ellos a los gobernantes y a las instituciones. En vez de las garantías individuales, que protegen constitucionalmente a los ciudadanos de los excesos del Estado, reina ahora la impunidad, reconocida con cinismo hasta por la Suprema Corte. Se brindan ahora garantías institucionales a quienes desde posiciones de poder político usan y abusan sus facultades y medios públicos contra los ciudadanos. Esta impunidad se mantiene con abierta participación de los tres poderes constituidos y de los llamados poderes fácticos. Esto no es simplemente asunto de gestión ni se contrae al caso mexicano y abarca todas las instituciones del Estado. En vez de convertir el patriotismo en superstición, concentrándolo en la defensa de instituciones obsoletas... (*La Jornada*, 20/04/09)

y disfuncionales, cuando lo que hay que hacer es ¡transformarlas, regenerarlas!, añadiríamos muchos otros.

3) La crisis de corrupción... (político-criminal)

La manifestación de la corrupción –alguna forma de corrupción– en la cotidianidad del mexicano ¡es algo familiar! Y sin duda, en mayor o menor grado, lo es también en casi todas las culturas de la humanidad. Pensemos, si no, en las múltiples formas de hurto en los mercados del mundo: la alteración de pesos y medidas (¡hasta por desidia de no verificar los instrumentos apropiados!), la alteración de partes reparadas en vehículos o inmuebles; en el cambio arbitrario de costos o precios, según la clientela o las circunstancias, etcétera. ¿Qué es lo especial o lo más preocupante o peligroso de la corrupción de la que hablamos en México?

La crisis de corrupción de la que hablamos hoy en México es especialmente la de la actividad violenta del crimen organizado; sobre todo en las formas de secuestro y narcotráfico. Es también obvio que la violencia crea ambientes sociales que la respetan y la propagan: la violencia es contagiosa. Y, para colmo, la educación informal de la niñez de México –como la de otros países, por desgracia– está plagada de violencia por la complicidad e ineptitud del gobierno federal, incapaz de poner frenos y

reglas de actividad en la difusión, especialmente televisiva, de programas con temas de violencia. Las actividades y personas que se involucran, directa e indirectamente, en todos los aspectos del fenómeno del narcotráfico es algo cuya magnitud tal vez ya supere los cálculos más respetables: armas y su gestión completa; distribución en diversos niveles, cantidades y grupos, dinero en sus diversas formas y su administración, etc. Y luego, la lucha por *el lavado del dinero*. Su inserción en el mundo de “la legalidad” internacional... sin hablar de los sistemas paralelos de violencia en los secuestros, en el tráfico de personas, de niños, de órganos humanos ¡¡para fines de salud!!

De esa violencia (que prácticamente todo el planeta sufre, con diversos índices de agudeza) y en todas sus formas tiene México lo suyo: el grado y la dimensión que ha alcanzado hoy. Eso es lo grave: un país, pueblo y gobierno, incapaces de contener dentro de límites más o menos tolerables, las más diversas formas de corrupción en la vida civil y política; menos aun de contener las más graves y peligrosas para el pueblo entero, léase narcotráfico y negocios aliados. No es éste el lugar para exponer y menos para discutir la historia del fenómeno; si la corrupción política trajo al narco, o si el narco se infiltró por sus propias mañas en la vida política del país (comenzando por la actividad de la seguridad ciudadana –policía–). Hay ya buenos estudios periodísticos sobre todo esto.

Lo que importa de inmediato a la reflexión es la diversidad y gravedad de las consecuencias que la violencia, surgida de la corrupción actual, va generando y consolidando en la conciencia colectiva del mexicano. Además del agravio ominoso a la inseguridad que experimentamos, la violencia acrecienta no sólo el temor, sino la incertidumbre del movimiento: no saber a dónde ir, por dónde conducirse, a quién llamar en caso de necesidad, qué medios escoger para desplazarnos, etc. Y así de muchas cosas más, como el descanso, la recreación, las compras, los tiempos de tal o cual actividad... Pero hay mucho más. La violencia va creando climas sociales de sospecha: ellos comienzan, como la lluvia, ¡a formarse en las nubes de la desconfianza! Y así empezamos, de pronto y muy arriba de la prudencia que nace del sentido común, a desconfiar de la gente que llamamos para remediar alguna avería del hogar, o de quien pudiera arreglarnos un

vehículo, y así sucesivamente hasta que la vida lleva a algunas personas a ciertas histerias y a otras al encallecimiento de la conciencia y la dejadez ante las tragedias que nos rodean y sólo nos dejan con la impresión de algo mediáticamente visto en la TV –cosa que bien supieron, por ejemplo, aquellas generaciones que les tocó vivir en regímenes totalitarios–... ¡desde las neurosis hasta el embotamiento o el hastío!

¿Qué tan agudamente estará ya enferma mentalmente la sociedad mexicana? En el mejor de los casos, hoy sólo existen estudios aproximativos. No tengo noticia de ningún estudio (*survey*) completo a nivel nacional que permita dar un diagnóstico confiable de la situación. A mi juicio, los datos más alarmantes los proporcionan el aumento notable de los suicidios de personas jóvenes y la adscripción de muchos, muchos jóvenes, a las filas de consumidores de estupefacientes, o a los cuerpos de choque de los cárteles mexicanos de la droga. A esos datos habrá que agregar también las crecientes cifras del pandillerismo, especialmente internacional, como la Mara. Pero si la población, más o menos estable en el país, sufre así la violencia, es de fondo verdaderamente dantesco lo que sufre la población migrante: la de México y la que decide pasar por México.

En el suelo de nuestra patria, los migrantes de Centro y Sud América que se atreven o se ven obligados a caminar por él, sufren mucho más de lo que padecen los migrantes mexicanos en la frontera con EUA. En esta zona, la posibilidad de la muerte es llanamente seria, cuando las personas deciden caminar. En nuestra frontera Sur, esa posibilidad es muchas veces mayor –y mayor su desconocimiento–. A ella se une el sufrimiento de una violencia demencial: inimaginable por la perversidad y variedad de las formas de los lazos de corrupción entre los grupos criminales que controlan las vías de migrantes y ¡las autoridades encargadas de vigilarlas!

El hecho es que la vida, al ver que transcurre en clima de violencia, se viste de sospechas: se va envolviendo en un ambiente de opacidad. Eso no aumenta sólo nuestro obrar cauteloso, como ya se dijo, conforme al sentido común; no. Nos retrasamos en nuestros movimientos, se marchita toda espontaneidad, se ve con tonalidades grises todo el ambiente de nuestras relaciones cotidianas... la sociedad va perdiendo sus ¡defensas naturales!

4) *La crisis de representación ciudadana*

A propósito de este cuarto aspecto de la crisis del país (o su cuarta crisis actual mayor) viene a pelo el dicho campirano que reza aquello de que “cuando una puerta se cierra todas las demás ¡se atrancan!” El hartazgo de la política, en una cantidad no determinada de la población mexicana, no parece ser tan pequeña. Así podemos juzgarlo por las reacciones y comentarios públicos en la prensa, no menos que por las voces que actualmente abogan por la anulación explícita del voto y por el desprecio por las opiniones de los políticos. Esto vale especialmente para los legisladores, incapaces como se han mostrado para ser en verdad contestatarios –como representantes de un pueblo ofendido– de muchas decisiones cuestionables de la Suprema Corte de Justicia (casos de Acteal –no tocado–, Marín, Oaxaca, Atenco, etcétera). Y pocos años antes, por la traición a los Acuerdos de San Andrés Larrainzar. Legisladores no más que serviles a los intereses de los monopolios del capital financiero y de los medios de comunicación.

Este fenómeno de hartazgo y decepción de lo político y de la política es sólo una parte de los factores que provocan el último aspecto de la crisis al que ahora nos referimos: la carencia de representación de la ciudadanía; no precisamente en la letra de las leyes del país (representación “legal”), sino falta de representación “de facto”, en la gran mayoría de las instancias formales de acceso ciudadano a los problemas y a las decisiones gubernamentales. No me refiero aquí a las decisiones de la autoridad nacional sobre política exterior o seguridad nacional. No. Pienso en la condición de desamparo del ciudadano normal ante los problemas, las decisiones, las acciones civiles y políticas que afectan su vida diaria.

¿Qué hacer, por ejemplo, o a quién acudir para remediar la arbitrariedad con que alguna institución o empresa fija o cambia los precios de artículos que muy directamente afectan el gasto familiar, hasta de los estratos más pobres: gas, gasolina (cuyo mayor costo repercute de inmediato en los alimentos), maíz, diesel, etcétera? ¿Qué hacer ante la arbitrariedad bancaria sobre cuotas por manejo de cuentas, por exponer las Afores a mercados de Bolsa de cuestionable calidad, o por la voracidad también de los bancos y de las compañías telefónicas por los precios que ponen en México a sus servicios, cuando no se atreven a ponerlos a la par en otros países?

Y lo anterior palidece ante la soledad del ciudadano frente al sistema de procuración de justicia... Mucha gente expresa cándidamente su duda al no saber ante quiénes siente más temor: al criminal –sólo u organizado– o a las agencias gubernamentales (de todo nivel) de procuración de justicia: ministerio público, jueces, peritos, abogados, etcétera. Y el desamparo es como de desierto frente a los problemas más serios que afectan nuestro futuro en el planeta: las decisiones del Poder Legislativo sobre temas, por ejemplo, de maíz y semillas transgénicas; la adjudicación de manejo del agua municipal a empresas privadas; la normatividad bancaria que respeta el lucro desmedido en sus operaciones de servicio al pueblo; las decisiones sobre los cambios de usos del suelo –caso bochornoso el de los sitios turísticos, resuelto por los diputados de la respectiva comisión en forma de ¡puesta al “águila o sol”! (abril de 2009)–, etcétera.

Se podrá argüir: ¿“y la sociedad civil organizada”? Para dar una respuesta, hay que reconocer que existe, que hay grupos particulares de intereses legítimos y bien definidos en buen número y este número crece, por fortuna. Pero, la realidad, para la gran mayoría de las personas que componen la ciudadanía urbana es la siguiente: sí hay noticias y contactos con grupos organizados de diversos intereses, sobre todo relativos a prestación de los servicios municipales, en especial en lo que se refiere a quejas y soluciones de cobros indebidos, etc. y también el conocimiento de asociaciones religiosas; no obstante aún es muy escasa la participación en organizaciones de derechos humanos y mucho más escaso el ejercicio de presión sobre los legisladores estatales y federales para la atención a la enorme cantidad de problemas comunitarios cuya solución se queda en ¡promesas de campaña! La educación cívica de las escuelas primaria o secundaria no tiene prácticamente ejemplos que pudieran llevar al alumno a la práctica de los principios que se pretende inculcarle. La consecuencia es la desidia del ciudadano en la vida adulta.

Todo lo que los ciudadanos ordinarios enfrentamos en el momento de una tragedia, de un accidente o de un robo y asalto es una burocracia que pocas veces se agiliza cuando no hay de por medio una propuesta, velada o abierta, de soborno (la clásica *mordida*)... y aun ella no surte efecto alguno cuando el delincuente es, de algún modo o por alguna circunstancia, una

persona que la autoridad sabe o sospecha que está ligada a esferas de poder político igual o superior al suyo. En la experiencia de la mayoría de los mexicanos, las leyes no se aplican según méritos o deméritos, sino al arbitrio de los que mandan, con poderes legales o ¡fácticos!

Si las voces de la ciudadanía, por pequeña que aún sea su representación organizada, generalmente tuvieran eco en los legisladores y en los políticos, hace tiempo que las utilidades bancarias serían algo menores y los servicios correspondientes mucho mejores; y lo mismo se diga de las comunicaciones telefónicas y de la calidad de los programas televisivos y noticiosos, así como de los mayores apoyos a las radiodifusoras comunitarias, al campo y la educación en las zonas más pobres del país. Y ni qué decir del reconocimiento de los pueblos indígenas y de la respuesta a sus luchas por su dignidad y autonomía.

CRISIS: ¿DESDE CUÁNDO?

Las esperanzas de un cambio radical de gobierno, después de julio de 2006, se esfumaron a los pocos meses de gobierno de Vicente Fox. Hemos sido testigos: muy pronto se desvaneció la luz clara de esos sueños. “Un México de empresarios y para empresarios” (*ipse dixit*) no sería más de lo mismo: sería mucho peor, porque la política nunca puede ser empresa privada. La gestión del Bien Común nunca ha sido puesta en venta por ningún ciudadano del mundo en su sano juicio, por más iletrado que sea: es sencillamente incompatible con el lucro, y eso lo sabe hasta el mexicano más ladrón... que todo mundo pretenda justificarlo, ¡es harina de otro costal! Pero, ¿dónde se encuentran las raíces más visibles de la crisis actual?

Hace 63 años, don Daniel Cosío Villegas examinó lúcidamente los principios ya manifiestos de la crisis política de México: se perdieron en definitiva los ideales de la Revolución y su inercia espiritual, abandonada por los revolucionarios ya en el poder, “[ellos,] los revolucionarios fueron inferiores a la obra que la Revolución necesitaba hacer” (1980:121). Herencia desconocida por las generaciones políticas que les sucedieron, la política de México se convirtió en crisis endémica, arrastrando consigo a casi todas las demás “tareas culturales” de un pueblo, comenzando por la economía.

Las causas de la Revolución fueron, a juicio del mismo pensador: 1) acabar con la posesión indefinida del poder, 2) lograr la asistencia completa al campo, acompañada de la quiebra de la gran propiedad hacendaria, y 3) el apoyo a un movimiento obrero genuinamente propio de los trabajadores unido a la educación integral y general del mexicano. Todas fueron tergiversadas en su manejo y arrastradas por la demagogia de casi todos los políticos. Ellas han sido, en su desgracia, el caldo de cultivo de la corrupción de México: el enriquecimiento ilícito, la impunidad y la manipulación de la ley correspondiente; con ellos, el debilitamiento y parálisis de muchas funciones institucionales, socavando así la misma calidad y eficacia del sistema judicial mexicano por entero: hasta el grado de dejar mucho terreno abierto al dominio del narcotráfico y el crimen organizado, ¡sin control eficaz alguno!

Una parcela de asombro en su limpieza cívica –generó muchas esperanzas nuevas–, el IFE, terminará por sucumbir también ante “el sistema”, empeorando hoy (con su genuflexión servil ante los monopolios de la comunicación) la llaga abierta en él por la cuestionable elección del año 2006.

No se puede soslayar que una generación de priístas, tan nacionalistas y voraces para su enriquecimiento y actuación como sus sucesores, aprovecharon bien la coyuntura internacional –a partir de la Segunda Guerra Mundial– y lograron promover un auge económico espectacular por una treintena de años, 1940-1970. Pero no podemos engañarnos, las raíces de la crisis política mexicana seguían allí y, con la prosperidad, ¡habían crecido más profundamente!

Sin duda alguna, muchos de esos signos de crisis están presentes en la vida diaria de la gran mayoría de los pueblos del mundo, incluidos los de mejor tradición y vida democrática. Lo que en el caso de México hace la diferencia es el grado de concentración (la “masa crítica”, que su número, instancias y gravedad llegan a hacer) que rebasa prácticamente la mayor cantidad de energía y de voluntad política actual para superarla. Y junto con eso, la fuerza de gravedad (literalmente así, en términos de energía de atracción) que han llegado a adquirir ciertos grupos de interés tanto económicos, como financieros y políticos. Para ellos, al parecer, la criminalidad de varios de los contenidos derivados de tal interés tiene mucho

menor valor que las ventajas económicas y de poder social que ahora mantienen o las nuevas que pueden darles muchas actividades derivadas de la criminalidad. Ambas observaciones tienen más valor si se añade a ellas el complejo fenómeno de la corrupción abiertamente impulsada por el narcotráfico en muchos ámbitos de la vida civil del país, hasta en estratos muy humildes.

La creciente fuerza de esos grupos de interés, a lo largo de los últimos 25 años de gobierno neoliberal en el país ha ido “desmantelando aparentemente con efectividad el Estado Mexicano”. Su vida política ahora es, cada día más y más, la de otro rehén, (entre las economías “emergentes” y las del mundo del subdesarrollo). De esos grupos de interés son eficaces intermediarios los mayores monopolios del capitalismo industrial financiero del planeta (Carlos Montemayor, *La Jornada*, 14/05/07).

En todas estas reflexiones, no ha sido ajeno al propósito de este trabajo mostrar, además, importantes parámetros y criterios que las han orientado para llegar también a un mejor entendimiento de lo que nuestra sociedad enfrenta y lo que necesita para cuidar el medio ambiente (de múltiple riqueza en las diversas provincias del país). Parece que éste surge hoy como el gran olvidado de las preocupaciones de la economía liberal y desarrollista... el convidado de piedra al banquete del desarrollo socioeconómico planetario que ahora resulta ser nada menos que el anfitrión que lo había venido haciendo posible. En definitiva, nuestra actividad económica no sólo debe parar el maltrato demencial a nuestros ecosistemas, sino unirnos a éstos, a la naturaleza misma, en hermandad de propósito y toma de conciencia, para hacer de ella parte esencial de toda política de vida nacional futura y su futura sustentabilidad, de manera continua y eficaz. El descuido del medio ambiente, en el fondo, significa una de las perjuicios más graves provocados por las crisis del país. Las dimensiones de esa afectación constituyen un reto urgente para la política y para la ciencia.

¿QUÉ HACER ANTE LA CRISIS?

Como tiempo de urgente reflexión (en busca de soluciones adecuadas a los problemas que la causan), la crisis lleva en su nombre la primera de

nuestras tareas: la autocrítica, que implica el enfrentamiento personal y comunitario con la decisión inquebrantable de buscar las causas de la crisis y llegar a proponer soluciones reales. Es decir, convenientes y eficaces. Hace poco tiempo, en un programa radiofónico universitario (19 de abril de 2009), Carlos Monsivais, un intelectual muy reconocido, crítico y conocedor de la sociedad mexicana actual –especialmente de sus clases urbanas–, hacía notar que en México, por desgracia, los políticos (la clase política entera, incluyendo las personalidades del sistema judicial, añadido) ¡“no se han matriculado aún en ésa, la mejor escuela de autocrítica, la crisis”!

Esta sociedad, así dividida hoy, aún rica en valores culturales de actual significación y de apreciable carga de energías civilizadoras, tiene que hacer esfuerzos redobrados, por medio de asociaciones, por escritos, por reuniones, por lo que se pueda, para que los políticos la oigan, la vean y la reconozcan. Ésta es nuestra primera tarea frente a la crisis.

Parece obvio, enseguida, que dada la situación de disfuncionalidad y desmantelamiento de una enorme cantidad de instituciones políticas de la nación, una segunda tarea importante sea la “reforma del Estado”. Es imposible lograrla en un plano de arreglos partidistas *convenencieros* y colmados de intereses particulares que se reducen a no dejar el poco o mucho poder que partidos y personalidades detentan... Ya México sabe que para ellos la ciudadanía no cuenta. Y por esto, no importa (que respondan, si no, los diputados y senadores, ¿cómo es que cobran salarios exagerados sin presentarse muchas veces en las sesiones de trabajo legislativo?). Por tanto, la reforma del Estado debe ir acompañada de algún instrumento eficaz de cambio como el plebiscito nacional.

La dinámica perversa que encierra su herencia de una revolución traicionada por la ambición y la corrupción política, nos muestra luego, algunas de las acciones más revelantes que también hay que emprender para remediar la crisis.

La causa del campo no tiene ya las características que fueron otras tantas causas de la Revolución: el régimen de tenencia de la tierra no es igual –aunque ya hay enormes latifundios en manos privadas (individuales y corporativas)–. Pero el campo en México (aunque sólo sea cultivable en 13%), a pesar de su creciente sequía, de la tala inmoderada de bosques,

etc., da habitación y trabajo a casi una cuarta parte de los mexicanos. Y lo más aberrante es que esa población sólo representa, en su actividad, ¡menos del 5% del PIB nacional! Y, además, ella sobrevive con los mayores índices de pobreza (alimentaria, en general y patrimonial, en particular).

Sabemos bien que la atención gubernamental al campo, sobre todo a los problemas de su productividad, sólo ha sido benéfica para los agricultores ricos y para algunos consorcios de agricultura de exportación. La perversa profecía de los *juniors* de la economía neoliberal (de los últimos cuatro regímenes residenciales, sobre todo) de “la incosteabilidad de los cultivos mexicanos tradicionales del agro” se hizo realidad por la corrupción de los gobiernos que los emplearon. Dígase lo que se diga, es vergonzoso que un país de la extensión y características de México, tenga que importar el 45% de sus alimentos... y encima de eso, caminar hacia la cuesta de una dependencia absurda de monopolios extranjeros que ¡nos proveerán de semillas de transgénicos en el futuro! El campo mexicano es una de las grandes áreas de absorción de trabajo, sobre todo ahora, cuando la migración a EUA se vuelve más y más difícil.

México campesino e indígena es, en verdad, trascendental para el desarrollo del país en una nueva época de posmodernidad y globalización en la que esos dos “signos del tiempo” se transformen en gran medida por la búsqueda de la justicia (justicia con los seres humanos y con la naturaleza), sin la cual la libertad no podrá caminar por un verdadero proceso de desarrollo. Esto último, la transformación de un país (“su desarrollo integral”) hacia la justicia en la libertad democrática, es el punto de incidencia de las políticas de conservación ambiental en la vida de la sociedad civil. Y esas políticas no pueden fraguar en medio del desconocimiento o del olvido de la herencia cultural de los pueblos indígenas y de las comunidades rurales del país.

Hay que enumerar otra tarea más; urgente también ante la crisis. Es la reforma del sistema educativo de México, a nivel federal y consecuentemente, conforme a necesidades regionales, a nivel de las entidades de la Federación. De esa reforma –lo vislumbró bien Vasconcelos y como él muchos otros intelectuales de la Revolución– depende, en último término, la posibilidad de consecuentes reformas eficaces en las áreas de derechos

humanos, de procuración de justicia, y de la organización democrática de la fuerza de trabajo mexicana; esta última, causa también original de la Revolución (cuyos logros legales son indiscutibles)... al fin y al cabo, sin ella, bien sabemos que ¡"sindicato político es sindicato paralítico"!

Pero la reforma de la educación mexicana es también, en el fondo, condición y alimento de la participación social en la autocrítica de la situación nacional. Es reto y encargo de los mejores talentos el señalar con alguna claridad y objetividad los caminos de salida de las crisis y sus remedios eficaces; es tarea del estadista, y obligación de los legisladores y jueces el colaborar a hacer efectivas las políticas correspondientes. Pero la ciudadanía no es tonta ni muda; debe ser informada y debe tener la oportunidad de hacer oír su voz en las decisiones que marcan el camino de la nación.

Estamos, con el mundo entero, ante una crisis mayúscula de carácter financiero-industrial. En el fondo, más allá de la voracidad y falta de conciencia de muchos inversionistas y banqueros criminales (si crimen es causar serios daños a la vida del prójimo), esa crisis tiene muchísima relación con el error capital de la era contemporánea, a partir de la industrialización del mundo. A saber, el querer mantener la economía (doctrina y praxis o actividad) como eje de civilización del planeta, con injuria y violencia contra el respeto a los modos de ser, los valores y las actitudes de muchas y diversas culturas de la humanidad. Y ante eso, sólo la vuelta a los mejores y trascendentales valores de cada comunidad humana, hermanada al diálogo sobre nuestra dignidad de personas, puede llevarnos a una autocrítica compartida que nos ayude a enfrentar esa crisis mayor. Colocar de nuevo a la economía al servicio de la persona, de manera efectiva, continua, no se dará por decreto, así viniera de un Napoleón mundial. Ni se podrá dar por la fuerza, porque ella envenenaría la lucha al nacer: la primacía de lo económico sólo puede ceder ante una fuerza distinta, fuerza superior, la fuerza del espíritu.

Esta misma tarea, la de educar al ciudadano con la calidad que es posible tener en el mundo actual y con los conocimientos y técnicas pedagógicas de hoy, es también camino de búsqueda conjunta, con los demás pueblos, a la mejor solución a los problemas del cambio climático: línea de trincheras ante otros cambios de "era geológica" que parece ya

se aproximan a nuestro mundo actual. Comenzando por el diálogo sobre la hermandad con los ecosistemas circundantes que soportan la vida y el respeto a su capacidad “auto-regenerativa” y de procesamiento de las diversas formas de energía.

Finalmente, cuando hablamos de crisis y de sus retos y de la necesidad de nuestra autocrítica frente a ella (en búsqueda de soluciones), ¿hablamos también de ciclos?, ¿se están repitiendo síntomas y signos que ya aquejaron a otras generaciones pasadas? Las preguntas son interesantes. Más interesante quizá es recordar que en la herencia de las distintas culturas humanas aparece, con la misma claridad del ciclo, la experiencia de que ninguna de las dificultades superadas en el pasado de las sociedades tuvo idénticas soluciones! Misterio del tiempo o de la historia lineal, estrictamente irrepetible, singular, como es singular la participación de ese misterio (del tiempo) en el propio misterio de la individualidad humana, espíritu y materia asomados a la trascendencia. Misterio al fin del cual emerge la utopía de vivir en la búsqueda sin descanso de una mayor y mejor *comprensión* de SER.

Estas reflexiones empezaron bajo la sombra y memoria de una sociedad dividida: dos Méxicos, el del descontento y frustración por la turbiedad de las aguas electorales del año 2006 y la descarada intervención de un primer mandatario que en realidad no lo fue para todos los mexicanos; y el México de empresarios, PAN-PRI y clase media, en buena parte, visceralmente predispuesta contra López Obrador. Las termino ante la visión, quizá mucho más digna de consideración, mucho más importante y oportuna, de dos Méxicos realmente distintos y, por desgracia, muy separados, sin lazos de próxima alianza, por lo menos a corto plazo. El México de la clase política y nosotros, el resto de la ciudadanía, ignorada de facto por aquél.

Ante eso, y contra todo pesimismo, la crisis nos obliga a revisar nuestra historia. Estoy convencido de que debemos recordar el sueño del civilizador Tata Vasco: la dinámica que encierra la utopía humana es una herencia, guardada con mayor celo en muchas de las comunidades del México campesino e indígena. Pero hay mucho de ella en el mexicano. Y eso es de suma importancia, trascendental, sin exageración, para el desarrollo del país en una nueva época de posmodernidad y globalización.

En ella dos “signos del tiempo” han de “con-formarse” en buena medida: 1) la búsqueda de la justicia (justicia con los seres humanos y con la naturaleza) y 2) porque sin ella la libertad no podrá caminar por ningún verdadero proceso de desarrollo. Esto último, la transformación de un país (“su desarrollo integral”) hacia la justicia en la libertad democrática, es el punto de incidencia de las políticas ambientales en la vida de la sociedad civil. ¡Y eso es una inmensa parte de la solución de nuestras crisis!

REFERENCIAS

- Aristegui, Carmen, *Uno de Dos*, Siglo XXI Editores, México, 2006.
- Cosío Villegas, “La Crisis de México”, 1947, México, Cuadernos Americanos. En “Ensayos”, 1980, México, FCE.
- Durkheim, Emile, *De la Division su Travail Humain* (2de. ed.), Alcan, Paris, 1864.
- Esteva, Gustavo, periódico *La Jornada*, México, 20 de abril de 2009.
- Fuentes, Carlos, *Por un Progreso Incluyente*, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de México, México, 1997.
- Hernández O., Pedro F., *Los Valores de los Mexicanos*, vol. IV, Fomento Cultural Banamex, México, 2004.
- Meyer, Lorenzo y Miguel Basáñez, *Foro sobre México*, en Aristegui, o.c. Capítulo Introductorio, 2006.
- Montemayor, Carlos, “La Quiebra del Estado”, *La Jornada*, México, 14 de mayo de 2007.
- Monsivais, Carlos, “Sobre Mesa”, Radio UNAM, 19 de abril de 2009.
- Pío XI, AAS (Acta Postolicae Sedis), Ciudad del Vaticano, 1941.
- Segovia, Rafael, periódico *La Reforma*, México, 30 de marzo de 2007.
- Voegelin, Erik, *Orden and History* (IV), 1974, LSU Press, Baton Rouge, LA, 1974.

Fecha de recepción: 11 de mayo de 2009
Fecha de aceptación: 27 de agosto de 2009